

UN NUEVO SOCIALISMO EN LA ZONA ORIENTAL ALEMANA

El profesor de la Universidad de Berlín Oriental, Wolfgang Harich, ha sido condenado a diez años de cárcel, por un tribunal popular, bajo acusación de delito contra el Estado, de acuerdo con el artículo sexto de la Constitución de la República Democrática alemana.

El origen de la condena, como el origen de muchos de los acontecimientos que se vienen registrando en el mundo comunista de un tiempo a esta parte, hay que buscarlo en las palabras pronunciadas por Krushev en el curso del XX Congreso del Partido Comunista ruso. Sería curioso saber hasta qué punto las frases del secretario del Partido, le eran dictadas por la necesidad apremiante de acallar el disgusto de los círculos políticos soviéticos y de la población de la U. R. S. S. en general, pero el hecho es que, ya actuase forzado, ya procediera por propia iniciativa con vistas a una futura orientación política de Moscú, sus palabras iban a provocar la mayor sacudida que el mundo comunista había sufrido desde que terminó la guerra, porque ni siquiera la muerte de Stalin había ocasionado una alteración tan grande. Buscando, pues, satisfacer a sus auditores o sentar las bases de una nueva estrategia política, Krushev acusaba a un muerto de ser culpable de todo lo malo que la U. R. S. S. padecía en su ámbito interno y en su posición internacional.

Al acusar a Stalin, al proclamar la necesidad del "antidogmatismo", al expresar la imperiosa urgencia de desestalinizar la política del mundo comunista y proclamar la posibilidad de la coexistencia de dos sistemas políticos en concepciones antagónicas, Krushev conmovía hasta sus más profundos cimientos el mundo dominado por los Gobiernos soviéticos, levantando contrapuestas oleadas de simpatía y de enemistad hacia los principios que proclamaba. Porque las palabras de Krushev se limitaban a acusar directamente a un muerto que ya no podía levantar la voz para defenderse, pero caían directamente sobre las criaturas de Stalin, sobre

herederos que seguían viviendo y que formaban las jerarquías del tinglado político comunista dentro y fuera de Rusia, tinglado montado en su totalidad sobre las bases de los principios dogmáticos enunciados desde el Kremlin por Stalin. El golpe se abatía, demoledor, sobre la política interna y la actividad internacional de cada uno de los Estados integrantes del bloque comunista y sobre cada uno de los Partidos Comunistas distribuídos por todo el mundo.

El discurso de Krushev produjo un doble efecto. Unos creyeron sinceramente que las palabras del secretario del Partido constituían un nuevo dogma que sustituía a los cánones de Stalin y que, en pura disciplina soviética, debían aplicarse ineluctablemente. Otros tomaron el discurso como un estupendo pretexto para, amparados en sus términos, proceder a hacer lo que ellos deseaban en su fuero interno, pero que hasta entonces no se habían atrevido a exteriorizar: derribar el régimen. Si los primeros procedieron, como obedientes burócratas comunistas, a aplicar las nuevas doctrinas, los segundos, creyendo que ya todo les iba a ser permitido, se lanzaron alegremente a la consecución de sus ideales.

De este último género de gentes las hubo en todos los países y en todos los Partidos Comunistas de delante y detrás del telón de acero, y los meses subsiguientes denunciaron el estado de crisis producida por el discurso de Krushev. Quizás el país más afectado de todos fué Hungría, no sólo por las jornadas sangrientas que se registraron en las calles de la capital, sino por la alteración espiritual en que quedaron sumidos los círculos intelectuales de Budapest. En el llamado Club Petöfi, grupos de comunistas deseosos de aplicar las nuevas teorías y fracciones de intelectuales deseosos de aprovecharse de la libertad mitigada que creían que se les ofrecía, polemizaban sobre lo que debía ser el comunismo una vez desestalinizado. Los comunistas ingenuos y los anticomunistas aprovechados escuchaban las teorías del pontífice máximo del Club, del profesor y crítico literario Georg Lukács, con la esperanza de encontrar un portillo por donde penetrar al asalto del Poder ocupado por los estalinistas intransigentes.

En todos los demás países comunistas se registraban movimientos análogos y, con mayor intensidad, en la Universidad Carl Marx de Berlín, en el Instituto Filosófico de la Universidad de Leipzig y en diversas escuelas especiales de Sajonia y Turingia, donde se discutían acaloradamente las frases de Lukács. Como una consecuencia lógica de la consti-

tución de la mente alemana, la discusión se centró en torno al tema concreto del llamado “dogmatismo” comunista, dando a la polémica un tono científico y programático propio de alumnos de cátedra de Filosofía.

Lo curioso del caso o, al menos, así se lo pareció a los comunistas sinceros que seguían los debates, era que la mayor parte de los estudiantes que se agitaban movidos por las frases de Kruschew y de Lukács y que atacaban enconadamente a Stalin, no eran los clásicos “fascistas”, sino los hijos de los altos funcionarios del Partido. Y todavía más sorprendente: su ídolo, el hombre a que ellos miraban con entusiasmo, el que formulaba con rigorismo científico las nuevas doctrinas era un profesor de la Universidad Humboldt del sector rojo de Berlín, el redactor en jefe de la *Deutsche Zeitschrift für Philosophie* y el hombre que los comunistas habían exhibido como el genio filosófico del Partido: Wolfgang Harich.

Harich no procedía de círculos proletarios. Era hijo de un escritor y editor de holgada posición económica. Pero tampoco se había encuadrado en las filas políticas a las que su posición económica y sus círculos familiares le empujaban, sino que, tal vez por un afán exhibicionista, hacía gala de ideas que chocaban con el ambiente en que vivía. Pero sin adoptar nunca una actitud beligerante, sin pasar nunca al campo de la acción, permaneciendo siempre en el estadio de un diletantismo “snob” y bohemio. Quizás por esta especial inclinación a rehuir la batalla es por lo que, cuando llegó la guerra, se preocupó por todos los medios a su alcance de evitar tener que ir al frente y así, por mediación de círculos de artistas relacionados con la Embajada japonesa en Berlín, consiguió entrar en la Sección de Prensa de dicha representación diplomática, trabajando en ella hasta 1943 y ocupando sus horas libres en estudiar, con rápida asimilación, temas filosóficos y religiosos. Entrada la guerra en su fase crítica para Alemania, Harich fué movilizado y acuartelado en Potsdam, donde ligó estrecha amistad con el poeta Hermann Kasack, al que expuso sus sentimientos pacíficos y antimilitaristas y al que pidió refugio —que se lo negó— cuando desertó del cuartel con la esperanza de un inmediato fin de la guerra. Pero el fin no llegaba y volvió a reincorporarse, siendo castigado levemente y enviado al frente, de donde rápidamente y con mil pretextos logró volver a casa para esperar en Berlín la entrada de las tropas soviéticas.

Hay quien asegura que el grupo comunista que llegaba con el ejército

ruso se ocupó en la primavera de 1945 de ligar contacto con él pensando que sería un colaborador valioso. Lo que sí es cierto es que pocos meses después era crítico teatral del *Tägliche Rundschau*, un periódico comunista.

Discutiendo en las tertulias de la Prensa sovietizada recibió en 1948 el encargo de enseñar filosofía marxista en la Universidad de Berlín, y un año después era promovido al rango de profesor después de haber completado un cursillo de seis meses en la Escuela Superior del Partido Comunista, ocupando al propio tiempo el puesto de redactor en jefe del *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*.

Desde entonces, Harich fué el teorizador máximo del comunismo alemán, y en todas las ocasiones en que se precisaba recurrir a los servicios de un polemista hábil con extensa formación filosófica se recurría al profesor de la Universidad Humboldt, al que las autoridades comunistas utilizaban como número de fuerza en sus exhibiciones intelectuales.

Quizás por su afán de distinguirse y de dar la nota, a partir de 1953 comenzó de una manera puramente doctrinal y nada combativa a exponer principios teórico-políticos que equivalían a una nueva doctrina socialista, a una nueva formulación del socialismo como fuerza política y como agente de la economía. El núcleo de su doctrina lo había tomado de una frase de Lukács: "Cuanto más humano sea el socialismo, más podrá contribuir al triunfo total en el terreno internacional; cuanto más atractivo sea, más dejará de ser un espantajo para las masas".

Sus enseñanzas no pasaron desapercibidas y algunos centros de propaganda del Partido Comunista levantaron voces de alarma ante la aparición de "un marxismo especial" que, en opinión de los críticos, no servía más que para desorientar a los estudiantes agitando ante ellos el señuelo del "socialismo idealista de Lukács".

Pero las críticas no alcanzaron un volumen peligroso y el profesor Harich continuó siendo el expositor teórico de las doctrinas políticas del Gobierno de Pankow y su agente de propaganda en los círculos intelectuales de la República Popular y de las democracias populares amigas. Precisamente como tal agente fué invitado oficialmente para realizar un viaje de diez días por Polonia y entrar en contacto con sus colegas de Varsovia. En sus conversaciones con éstos las discusiones versaron sobre "los problemas de la conciencia socialista", un tema filosófico-político que apasionaba en Polonia y que respondía a las ideas lanzadas por Lukács

y Harich en el sentido de tratar de hacer del socialismo algo atractivo para aquellos grupos de la sociedad que no están directamente vinculados a las masas proletarias tradicionalmente afiliadas al socialismo obrero.

De regreso a Berlín, continuó Harich exponiendo desde su cátedra y desde la revista que dirigía su convencimiento de la necesidad de seguir tomando como modelo doctrinal y como ejemplo vital a la Unión Soviética. Pero advirtiendo ya, cosa a que hasta entonces no se había atrevido, que tal modelo no podía aceptarse en su integridad en la Alemania actual por razón de las especiales características económicas, políticas e históricas que la diferencian de Rusia.

Partiendo de tal punto de vista las enseñanzas de Harich derivaron fácilmente para llegar a conclusiones totalmente revolucionarias, si se las comparaba con los viejos cánones comunistas. El principio de la coexistencia internacional, definido por Kruschev, evolucionaba así para servir de base a la proclamación de una coexistencia que permitiera, como última conclusión, un entendimiento entre el Partido Socialista Unificado (léase Partido Comunista) de la zona soviética y el Partido Socialdemócrata federal. La excomunió del mundo soviético hacia los Partidos Socialistas occidentales pretendía Harich levantarla en beneficio de un entendimiento de las masas obreras alemanas de ambos lados del telón de acero. El principio de la coexistencia quedaba así convertido en una salida de emergencia que permitía romper con la tradición comunista.

Para llegar a sus últimas conclusiones lógicas (y no se olvide que Harich es un profesor de filosofía y un lógico por excelencia) era preciso llegar a un entendimiento de las jerarquías máximas del Partido Socialista Unificado y de la socialdemocracia. Pero el catedrático de Berlín sabía perfectamente que las jerarquías de Pankow habrían de cambiar antes de que fuera posible llegar a establecer un contacto de los Partidos obreristas. Consecuencia: Ulbricht, secretario general del Partido Socialista Unificado y dictador de Pankow habría de abandonar su puesto para dejar paso a figuras menos intransigentes, más contaminadas de la doctrina Harick y que estuvieran dispuestas al diálogo con Bonn.

Mientras tanto, por primera vez desde 1945 y arrastrados por las explicaciones seductoras del catedrático berlinés, confraternizaban profesores y alumnos comunistas con los no afiliados al Partido. Incluso los comunistas se mostraban dispuestos a criticar al Partido, al Gobierno y al Estado, en abierta rotura con la línea tradicional marxista-leninista y

con los dogmas divulgados durante la larga dictadura de Stalin. Ulbricht, informado de la crisis que se extendía incontrolable por las escuelas técnicas de la República Popular, visitó un día por sorpresa la Universidad de Leipzig y se vió desagradablemente sorprendido en el curso de su perorata por rumores, arrastrar de pies y hasta abucheo por parte de sus auditores. El grupo de los historiadores de Leipzig, considerado hasta entonces como la fortaleza doctrinal del comunismo alemán, comenzó también a pasarse al campo de los reformistas, llegando a hablar abiertamente de un probable tercer camino entre el capitalismo y el socialismo, atreviéndose a teorizar desde la cátedra la necesidad de dar a luz un nuevo marxismo dotado de ideales y métodos operatorios encaminados a crear un nuevo socialismo que prescindiera de la lucha de clases como argumento central de su construcción teórica.

Simultáneamente, en Polonia y en Hungría se precipitaban los acontecimientos políticos en la calle y el mundo asistía sorprendido a la destitución de Rokosovsky y contemplaba atónito e inactivo el levantamiento de Budapest y el aplastamiento de la insurrección por el ejército soviético. Ciertamente el Club Petöfi y los teóricos de Berlín se habían pasado de la raya y la Prensa sindicalista del Berlín oriental comenzó a criticar abiertamente a los universitarios que pretendían "derribar, con alegre sentido de la responsabilidad, el orden socialista creado por obreros y campesinos".

Mientras en todos los Estados satélites se registraban conmociones más o menos grandes a modo de reflejo de lo que pasaba en Hungría; mientras en todos ellos se hablaba hasta la saciedad de antidogmatismo, de coexistencia y de desestalinización, la Alemania oficial oriental, más estalinista, ciertamente, que Kruschev, proclamaba su fidelidad inalterable a los principios tradicionales de la dictadura del proletariado y se preparaba a aplastar, antes de que trascendiera a la masa obrera, la subversión que veía formarse bajo el impulso de la crítica de los propios teorizadores oficiales. En Hungría, el Ejército soviético había raptado al Gobierno Nagy, del que formaba parte el propio Lukács; en Berlín, copiando los métodos del ejército ruso, la Policía comunista metía en la cárcel al Dr. Harich junto con sus más próximos colaboradores, anulando al propio tiempo las matrículas de los alumnos que más se habían destacado en su actitud rebelde al Partido. En Berlín, Dresden, Jena y Leipzig se pusieron en ejecución drásticas medidas disciplinarias para poner

definitivamente freno al movimiento que, desencadenado por las palabras de Kruschev, se había lanzado al campo para predicar un nuevo socialismo que, al menos para las autoridades de Pankow, resultaba tan subversivo como la peor propaganda capitalista.

Y era natural que fuese considerado subversivo, si se tiene en cuenta cómo había construido el profesor Harich su teoría, que ha sido divulgada por la Oficina de Propaganda del Partido Socialdemócrata de la Alemania occidental, con el cual estaba en contacto el catedrático berlinés. Es de advertir, antes de entrar en el fondo de la nueva doctrina socialista, que el grupo Harich, fracasado en el intento de convencer a Ulbricht y comparsa de la conveniencia o necesidad de adoptar la línea de conducta que ellos querían divulgar, entró en contacto con la representación soviética en Pankow, logrando obtener una entrevista con el embajador ruso para exponerle sus proyectos políticos y su doctrina. El embajador les escuchó, pero la audiencia no sirvió de modo alguno para que el Gobierno de la zona soviética cambiara de actitud con respecto a los "idealistas", máxime cuando en aquellos momentos se registraban los últimos estertores de la revolución húngara bajo el peso de las armas del Ejército soviético.

El programa de Harich comprende una serie de puntos que pueden agruparse bajo cuatro grandes epígrafes:

- 1.º Reforma del Partido;
- 2.º Problemas de política interior;
- 3.º Política internacional, y
- 4.º Reunificación de Alemania.

Con respecto a una modificación del Partido, Harich proclamaba la necesidad de suprimir la abediencia ciega al dogma y a la orden para permitir un libre intercambio de opiniones en el seno del propio Partido y de este modo, pero "siempre sin romper con la tradición marxista-leninista, librarle al propio tiempo del estalinismo y del culto a la personalidad". El propósito era el de devolver al socialismo, según las propias palabras de Harich copiando las de Lukács, "sus aspectos humano y antidogmático", aunque sin por ello renegar de las conquistas comunistas, permaneciendo, en todo caso, leales al Partido constituido, para evitar recibir el apelativo insultante de "transfugas", respetando la legalidad de la República Popular alemana, tal como existe desde 1945.

Ahora bien, Harich estimaba que esta legalidad había sido ya infrin-

gida por los jefes políticos de Pankow en cuanto que se oponían a la aplicación de la doctrina Krushev y en cuanto seguían predicando y poniendo en práctica un culto de la persona contrario a las doctrinas del XX Congreso del Partido de Moscú. En una palabra: para salvar al socialismo, amenazado por la intransigencia de Ulbricht y sus secuaces, Harich y los suyos se decidían a romper con el ordenamiento dimanante de jefes que, según estimaban, habían perdido su autoridad al no seguir las consignas antiestalinistas procedentes de Moscú.

Tal mezcla de protestas de respeto al Partido y de críticas de sus jefaturas, tal confusionismo entre doctrinas del XX Congreso de Moscú y dogmas heredados, empujaba a una conclusión que, en la construcción fuertemente lógica del profesor berlinés, no podía ser otra que la de acercamiento a un Partido político que, en opinión de Harich, es el más fuerte de todos los Partidos obreros de Alemania y el que mejor representa en la práctica la aplicación de los principios tradicionales de la escuela marxista junto con un liberalismo enemigo de personalismos. Este Partido era el Socialdemócrata de la zona occidental que, además, coloca en cabeza de sus aspiraciones la consecución de la reunificación alemana, objetivo que, al menos abiertamente, todos los Partidos políticos alemanes colocan como centro de sus campañas y contra el que nadie puede osar manifestarse en desacuerdo. Este acercamiento al Partido Socialista occidental, por otra parte, lo explicaba Harich teóricamente con la reflexión de que, estando en vías de extinción el capitalismo en todo el mundo, el comunismo no puede, por incapacidad, dirigir la lucha de las clases obreras (y mucho menos de la pequeña burguesía) para asestar el golpe definitivo al sistema que muere, sino que son los Partidos Socialistas los que por su composición, por su liberalismo, por su organización y su experiencia son los más indicados para luchar y para hacerse cargo de la herencia que dejará en su día el mundo capitalista que, según interpretación de los universitarios berlineses, declina en estos momentos y está en trance de muerte. Sólo cooperando los Partidos Socialistas alemanes de ambos lados del telón de acero podría lograrse un intercambio de ideas entre los dos mundos enemigos, de modo que esta cooperación, sin dejar de producir una acción notable sobre el mundo occidental, actuaría al propio tiempo sobre los países comunistas favoreciendo una liberación de sus ideas que encajaría perfectamente dentro del marco de la coexistencia predicado por Krushev.

La conclusión a que en este terreno llegaba el teorizador Harich proponiendo como ejemplo de conducta socialista al SPD asestaba un rudo golpe a la posición que la Unión Soviética y su Partido Comunista han tenido y tienen como guías y faros del mundo marxista. Para salir al paso de la resistencia que Moscú opondría a dejar de ser el modelo de todo buen comunista, el profesor berlinés insistía en que Rusia seguiría siendo, por su experiencia y su práctica política y económica, el ejemplo y la fuente de inspiración a que recurrir en cada momento, pero haciendo la reserva de que tal ejemplo debería ser tomado de manera estrictamente condicionada, no sólo por las especiales características de todo género de Rusia frente a los países satélites, sino también por el hecho de que la política seguida por la U. R. S. S. ha podido serle necesaria e incluso útil para ella, dados el atraso político, social y económico de que los comunistas rusos se vieron obligados a partir, pero que, vencido y superado, debe dejar paso a nuevas formas más en consonancia con las necesidades del momento, paso a nuevos sistemas sin los cuales la propia Unión Soviética se arriesga a arruinar la obra que ha llevado a cabo en los años de existencia con que cuenta. En tal sentido, imponer las viejas ideas comunistas a las jóvenes democracias populares equivale a colocar obstáculos en el camino del desarrollo de éstas, impidiendo que lleguen a sus últimas conclusiones las conquistas de las clases obreras cimentadas en el trabajo realizado desde 1945. Pretender aplicar a los países satélites los métodos políticos, económicos e industriales que eran objeto de la crítica de Krushev en el XX Congreso del Partido Comunista, dice Harich, equivale a condenar al fracaso a los nuevos Estados comunistas, privándoles de las enseñanzas derivadas de la gran experiencia de la U. R. S. S.

La Unión Soviética, dice Harich, sigue siendo ejemplo y mentor, pero sólo en cuanto, superada la fase que hizo necesaria la presencia de Stalin y la aplicación de sus dogmas, sepa prescindir de los principios estalinianos, de acuerdo con el XX Congreso de Moscú. Advirtiéndole además que la nueva doctrina parece, por su parte, no haberse dado cuenta de que el dogma Stalin no puede ser combatido con el dogma antiestalin, sino que se precisa para derribar un dogma, dar libertad de acción a los dogmatizados y no someterlos a una nueva disciplina inflexible. Imponer por la fuerza la desestalinización es tan obcecado, aclara Harich, como lo es el proceder del Gobierno de Pankow intentando, todavía hoy, man-

tener la teoría pura estaliniana que se ha mostrado inadecuada para los países satélites y altamente perjudicial para su evolución. Derribar un dios para por la fuerza imponer otro es sustituir un dogma viejo por uno nuevo. Estalinistas y antiestalinistas al estilo moscovita tienen de común que niegan la libertad de elegir Credo. "Queremos continuar siendo marxistas-leninistas, pero al margen de todos los estalinismos", aclara Harich, y en tal sentido, cooperar con el Partido Socialdemócrata de la Alemania occidental para suprimir radicalmente la tiranía del Partido sobre sus miembros y expulsar de los cuadros de mando políticos a todos los corifeos del estalinismo.

Una vez transformado así el Partido Comunista de la Alemania oriental y sentadas las bases de su cooperación con el SPD, el grupo Harich se preocupaba de estructurar los objetivos a que en el campo de la acción política interna habría de aplicarse. También aquí se señala como Norte un objetivo que, hasta muy recientemente, nunca pretendió la U. R. S. S. ni intentaron los países satélites realizar. El nuevo Partido tendría como meta primera el logro de una elevación del nivel de vida de la población mediante la aplicación del esfuerzo nacional al aumento de los bienes de consumo, aunque ello pudiera ir en detrimento del potencial industrial bélico.

En el sector de la economía agraria, la primera medida a adoptar en tal sentido sería ordenar la cesación inmediata de las colectivizaciones forzosas a que se sigue procediendo en la Alemania soviética, y simultáneamente disolver las cooperativas agrícolas existentes, cuyo funcionamiento está "a punto de ocasionar una catástrofe en la producción", según frase del profesor Harich. Como contrapartida, las autoridades habrían de dictar medidas destinadas a favorecer el desarrollo de una población campesina integrada por propietarios de fincas de extensión media y pequeña.

En el campo de la economía industrial, la primera necesidad apremiante sería la de poner un término a las normas de producción existentes que convierten al obrero en una máquina sometida a un esfuerzo que acaba por destrozarle al tiempo que rinde un trabajo de peor calidad. Por ello habrían de cesar los premios a la productividad introduciendo simultáneamente y como aliciente la idea de la participación de la mano de obra en los beneficios de empresa.

En el campo espiritual, el Gobierno que se constituyera proclamaría

la autonomía de las Universidades, liberando a éstas del control estatal sobre los programas de enseñanza y sobre la orientación que los profesores considerasen oportuno dar a sus cursos. Por lo que respecta a las relaciones del Estado con la Iglesia, habría de concederse una total libertad religiosa, poniendo fin a las persecuciones de sacerdotes o de particulares por razones de índole religiosa. También habría de proceder a la supresión de los tribunales secretos de justicia, procurando, por otra parte, proporcionar a la población una auténtica libertad electoral.

Finalmente, y con objeto de proceder a una drástica reducción de los gastos de la máquina estatal, sería necesario llevar a cabo un despiadado cercenamiento del aparato burocrático de arriba a abajo, suprimiendo de paso todo tratamiento de favor en beneficio de las altas escalas de la burocracia.

Por lo que respecta a la política internacional, Harich sostiene que el Estado alemán constituido con arreglo a sus planes, debería colaborar con los demás países socialistas de detrás del telón de acero, pero, en estricta doctrina de Kruschew, en plena observancia y respeto de la libertad de acción e independencia de cada uno de los países interesados, libertad e independencia compatibles con el mantenimiento de un estrecho contacto informativo entre los Partidos Socialistas de todos los Estados en cuestión, para dotarles así de una unidad de acción. Con relación al mundo occidental, el Estado reunificado alemán debería abandonar la alianza atlántica y los compromisos militares con cualquier Estado, procediendo simultáneamente a desmilitarizar el país como garantía de su permanencia al margen de toda obligación militar internacional.

Con estas bases, y solamente mediante la obtención de ellas, podría el futuro Gobierno de la Alemania Popular llegar a un Acuerdo con Bonn para proceder a la reunificación, acuerdo que presupondría, además de las exigencias de abandono de la O. T. A. N. y desmilitarización, la estatización de las grandes industrias de la Alemania occidental para, de este modo, (en opinión de Harich), suprimir los privilegios capitalistas y lograr el alejamiento de los "militaristas y fascistas" de todos los puestos importantes de la administración federal. Queriendo ofrecer una contrapartida a tal eliminación, Harich prometía destituir de sus cargos a todos los estalinistas del grupo Ulbricht que, estima, constituyen el verdadero obstáculo para conseguir la reunificación alemana.

A la vista de semejante programa de actuación y a la luz de las teo-

rías que lo informaban era inevitable que Harich y su grupo acabasen en la cárcel si no habían logrado previamente derribar al Gobierno de Pankow y encarcelar a su componentes. Pero antes de que el profesor de Berlín tuviera oportunidad de lanzarse a las vías de hecho para conseguir hacerse con el poder, de todos los cuadros comunistas habían surgido voces contra "el ataque descarado de que se hacía objeto al Partido Unificado", llevado a cabo por propagandistas que "pretendían extender el principio de la coexistencia al campo ideológico", según señalaba el secretario del Partido Comunista Kottbus, añadiendo que tal transposición estaba en contra de los principios marxistas y de las propias ideas expuestas por Kruschew en el XX Congreso del Partido. Desde Magdeburgo, la Sección Local del Partido Comunista clamaba contra "las tendencias revisionistas y contrarrevolucionarias de falsos intelectuales", mientras desde Chemnitz se lamentaban las jerarquías locales del Partido, de la extensión que iban tomando las ideas de un comunismo nacional. Las voces de los teóricos del grupo Harich habían sido acogidas con entusiasmo incluso en círculos tan alejados del ámbito universitario como las granjas colectivas de Magdeburgo y el periódico local, al dar cuenta de reuniones de campesinos pidiendo la disolución de las cooperativas agrarias y de las estaciones colectivas de tractores en Sajonia y Turingia, ponían el grito en el cielo al comentar que algunos viejos comunistas habían caído en la debilidad de decir "que la vida en la Alemania occidental es mejor que en nuestra zona".

Ante tales advertencias por parte de periódicos locales, los órganos centrales de propaganda de Pankow se pusieron en acción en defensa de las doctrinas oficiales y el *Neues Deutschland* señalaba como centros de la propaganda anticomunista las Universidades y Escuelas Técnicas, sin excluir algunos organismos oficiales especializados en cuestiones de estadística y que, según decía el periódico, ponían a disposición de los "contrarrevolucionarios" datos que no reflejaban la realidad socialista y que daban así bases a los enemigos del régimen para su campaña de denigración. Por su parte, el ministro de Seguridad Estatal, Wollweber, reunió a los estudiantes de la Universidad Humboldt en Berlín y les manifestó, en tono de ultimatum, que de ninguna manera toleraría en lo sucesivo que "bajo capa de libertad del pensamiento académico pudieran exponerse ideologías extrañas y enemigas" del orden soviético.

El acto final de la empresa contra Harich y los suyos se abrió con un discurso del propio secretario general del Partido Comunista, Ulbricht, ante el Comité Central de su Partido, discurso en el que, de una manera clara y terminante y con el carácter oficial que su rango le otorgaba, anunció el comienzo de una gran campaña destinada a acabar con los empeños "revisionistas" de "funcionarios, estudiantes, profesores, artistas y hombres de ciencia", aclarando que el Partido tomaba desde aquel momento en sus manos la empresa de poner término a la penetración de ideas burguesas en las filas proletarias. Toda crítica de los principios del Partido, toda propaganda en favor de un cambio de los axiomas colectivistas de la teoría marxista no eran más que ideas "contrarrevolucionarias", según adjetivo de Ulbricht, que, para desencadenar la maquinaria de represión comunista, exigió de sus camaradas que pusieran en su actividad una pasión tal que resultara "incompatible con la coexistencia extendida al campo ideológico". Porque todo desviacionismo constituye en la práctica comunista pecado contra el Partido, pecado contra la construcción socialista, ya que en un régimen como el de Pankow, todas las actividades culturales, y en primera fila la Literatura y el Arte, no deben tener más objetivo que "afianzar el socialismo", debiendo la Prensa, por su parte, limitar su misión a "defender la línea firme del Comité Central del Partido".

Lo que Ulbricht quería decir entonces se resume en pocas palabras: Moscú se había equivocado. Porque las palabras de Kruschev en el XX Congreso del Partido respondían, quizás, a la necesidad de contestar o salir al paso de un creciente malestar en la U. R. S. S. que solamente podía calmarse con la confesión de que alguien se había equivocado; porque la intranquilidad de algunos de los países satélites, pedía, tal vez, que alguna voz autorizada sentase una tesis que permitiera que los pueblos sometidos, sin pasarse al titoísmo, respirasen con un poco más de libertad y, creyendo salir al paso de tales necesidades, Kruschev había imaginado, pasándose de listo, que lo mejor era echarle la culpa al muerto. Stalin, gritaba, era el responsable, no sólo del ansia de libertad de los pueblos esclavizados, sino de que en Rusia los trenes no llegaran con puntualidad, de que la luz fuera poca y mala, de que subiera el precio de las ropas o de la permanente escasez de artículos alimenticios. Y como Stalin ya estaba muerto y su poder aterradorante ya no podía hacerse sentir, nadie se atrevería defenderle, con lo que, de

paso, el nuevo equipo gubernamental soviético podía aprovechar la ocasión para deshacerse de competidores molestos bajo la acusación de "dogmatismo" y "stalinismo".

Pero, ciertamente, Krushev no había medido las consecuencias últimas de sus palabras, pensaba Ulbricht. Si no, si hubiera sabido que ellas iban a traer consigo la crisis polaca, las huelgas en las Universidades rusas, y, sobre todo, la sublevación húngara, no las hubiera pronunciado.

Ulbricht, que estaba demasiado teñido de estalinista, no podía dar marcha atrás en su conducta y se agarró firme al estandarte del dictador muerto sabiendo que su porvenir político e incluso su vida, dependían de la perpetuación de la doctrina de Stalin. Para Ulbricht, Krushev se había equivocado, aunque se guardó muy bien de decirlo en voz alta. Pero no dió su brazo a torcer, y, cuando todo el mundo publicaba a tambor batiente las palabras del secretario del Partido Comunista, prohibió la publicación de las mismas en la Alemania oriental. No estaba él dispuesto a consentir que en nombre de los vagos principios del "antidogmatismo", "la coexistencia" y "el antiestalinismo" le hiciera nadie sombra o le derribara del Poder al que tanto le había costado llegar.

Y los acontecimientos dentro y fuera de la República Popular alemana vinieron a darle la razón. Y tales acontecimientos advirtieron también a Krushev y su equipo de la ligereza con que habían procedido, obligándoles a dar marcha atrás. Y entonces fué cuando Ulbricht salió a la palestra para defender al temido muerto y arremeter en su nombre contra "revisionistas", "desviacionistas", y "enemigos del Proletariado".

Si se reflexiona fríamente sobre las consecuencias catastróficas que para el comunismo internacional (especialmente para su prestigio entre las masas, que es algo irreparable e irrecuperable una vez perdido), han tenido las palabras de Krushev, justo será deducir, con lógica marxista, que Ulbricht tenía razón en su postura dialéctica.

Y como tenía razón (o creía tenerla, que para el caso es igual) arrastró ante los Tribunales a Harich y a los suyos para que respondieran del delito de haber hecho eco, ampliándolas, a las doctrinas del XX Congreso del Partido. Hubiera, sin duda, preferido llevar a tal tribunal a Krushev, pero debía conformarse con ajustarle las cuentas al portavoz de los "revisionistas" alemanes acusándole de pugnar por una economía li-

bre que (se lamentaba Ulbricht) "hubiera hecho innecesario el Ministerio de Economía" y de intentar, en cooperación con elementos del exterior, separar a la República Popular alemana de la Unión Soviética.

La acusación del Ministerio fiscal subrayaba que la condena se apoyaba en haber formado el encartado con otros de sus colaboradores un grupo de conspiradores dispuesto a provocar un cambio político en la zona soviética mediante el empleo de la fuerza o de las amenazas, con objeto de llegar a derribar al Gobierno constituido. Harich pretendía, decía el fiscal, sublevar el Ejército popular, disolver el Ministerio de Seguridad del Estado y denunciar el Pacto de Varsovia, suspendiendo al propio tiempo la aplicación del régimen socialista, a cuyo efecto concedería elementos extranjeros y de Alemania occidental licencias para establecerse y explotar las industrias del país.

Por tales delitos el profesor Harich ha sido condenado. Mientras en su Universidad siguen los incidentes provocados por sus seguidores, en la soledad de su celda tendrá ahora tiempo para meditar, con lógica marxista, que para acabar con el comunismo no basta la dialéctica de los profesores universitarios y que se necesita, más que de filosofías, del entusiasmo de una generación para acabar con los errores cometidos por otra.

EMILIO BELADIEZ

